

Unas Navidades en la India

José García Clavel. Prof. de la Universidad de Murcia

En realidad llevo en la India desde mediados de septiembre, pero es a raíz de las últimas Navidades que me he decidido a escribir estas líneas. Varios amigos, medio en broma medio en serio, me venían recomendando que fuera tomando notas para escribir un libro a la vuelta, pero me temo que a mi regreso tendré otras cosas más perentorias que atender. Además, el otro día me contaron una cosa muy simpática de un brasileño que llevaba mas de treinta años viviendo aquí. Le preguntaron por qué aún no había escrito un libro sobre la India, y él contestó que cuando sólo llevaba dos años no se decidió a hacerlo, y ahora ya era demasiado tarde...

Así que, por si acaso, me he animado a contar a mis presuntos lectores cómo es la vida por aquí. Lógicamente, en los pocos meses que llevo apenas si he podido entender un poco de todo este gran país, pero haciendo un breve recuento, me he dado cuenta que ya tengo la suerte de tener amigos entre taxistas y profesores de Universidad, entre jubilados y chavales de 5 ó 6 años de edad, entre gente de Bombay y gente de Delhi, Madrás y Calcuta. Además he visitado hospitales, templos e iglesias; he viajado en tren, autobús y rickshaw; he volado en avión y navegado en barco; he podido ver otras ciudades... Y la verdad es que hay muchísimo que contar. Y que compartir.



Empezando por el principio, estoy durante todo este curso en Bombay con una Licencia por Estudios, concedida por la Universidad de Murcia, gracias a la comprensión de mi Departamento, que el año pasado arreglaron las cosas para que yo pudiera concentrar la docencia: di un par de años en uno. Aquí estoy trabajando de profesor visitante en el Indira Gandhi Institute for Development Research, y en el Homi Babha Center for Sciences Studies. Por ahora sólo he podido

situarme en el primero, un Instituto fundado hace unos pocos años por el Reserve Bank of India, (el Banco de España aquí) que es bastante prestigioso. Sólo tiene estudiantes de doctorado y masters, y unos 50 profesores. Los estudiantes, algo más de medio centenar, son escogidos de entre lo mejorcito del país y viven en el propio campus. La mayoría de profesores también viven ahí, pero yo he preferido irme a vivir a Bandra, un barrio situado más hacia el sur.

La ciudad de Bombay (que ahora llaman oficialmente Mumbai, pero he notado entre mis amigos cierta reticencia a adoptar el nuevo nombre) acoge a unos trece millones de indios, y debe de medir algo más de cuarenta kilómetros de norte a sur. Originalmente eran siete islas, habitadas por comunidades de pescadores pero, como de las famosas siete colinas de Roma, hoy nadie lo diría... Bandra está hacia la mitad de la ciudad, a unos quince kilómetros de mi trabajo. Esa distancia la recorro a diario en el tren local, que es una fuente inagotable de aventuras.

Los turistas que llegan a esta ciudad (la India está por descubrir: apenas si reciben tres millones y medio de turistas al año, y casi todos se quedan en Delhi para visitar Jaipur, Agra y el Taj Majal) no suelen salir del sur de la ciudad, un barrio que se llama Colaba y en el que se concentra todo lo que un turista necesita para pensar que está en la India. Supongo que volverán a sus casas con la curiosidad satisfecha pero, entre nosotros, apenas si han visto la punta del iceberg.

De todas formas yo no podría contar ni eso: aunque estuve en Colaba nada más llegar para registrarme como extranjero y la semana pasada volví para correr (con otras 25.000 personas) la media maratón de esta ciudad, reconozco que tengo toda mi tarea de turista típico pendiente. Digamos que a mí lo que me gusta en conocer el país por dentro, patearlo, aprender de sus gentes, así que trato de evitar los destinos prefabricados, que a veces son tan postizos como un tablao flamenco en Luarca. Por eso, entre otras cosas, me vine a Bandra, un barrio originalmente católico, en el que he vivido unas Navidades posiblemente diferentes a las que habrá pasado el lector.



La India, oficialmente, es un país no confesional, de manera que las fiestas laborales están bastante repartidas. A los católicos (algo más del 2% en todo el país) se nos concede el día 25 de diciembre y Viernes Santo. De todas maneras, aún siendo tan pequeño porcentaje, estamos hablando de mucha gente. Por ejemplo, en Bandra viven unos 44.000 católicos y en un radio de quince minutos andando desde mi casa, hay cinco parroquias, con varios siglos de

antigüedad y varias misas cada día, la primera de ellas a las 6:00am.

Esto no quita que las Navidades hayan sido distintas. Para empezar, aunque estamos oficialmente en invierno, e incluso he visto entusiastas con pasamontañas (como las señoras que pasean sus pieles por Alfonso X ese domingo que hace un poco de frío en Murcia...), la mínima es de 14 grados, y la máxima de unos 30, o sea que de bufandas y Navidades Blancas, nada.

Claro que esto también tiene sus ventajas. La Misa de Gallo del 24 de diciembre la tuvimos al aire libre, en los terrenos de un campo de fútbol de un colegio cercano. Fue impresionante: la noche estaba preciosa, estaríamos unas tres mil personas, ellas legantísimas en sus saris de gala. Por supuesto hubo villancicos, aunque tengo que reconocer que eché de menos alguna que otra zambomba: aquí los villancicos son preciosos, tipo final de película de Frank Capra, pero me temo que, para los que hemos sido educados en el 'Ande, Ande Ande, la Marimorena', son quizás un pelín solemnes de más.

Quizás por eso he tratado de dar la lata todo lo que he podido con una pandereta que me trajeron de España. También me enviaron unos Reyes Magos made in Griñán, y una buena caja de turrónes. Con los primeros y algo de ayuda local -toda una prueba para mi inglés el traducir urgentemente la frase: 'nenico, no enredes con ese pedazo de corcho que es para el pesebré' antes de que el susodicho lo destroce- conseguí montar un Belén bastante aceptable. Respecto a los turrónes, aunque generalmente aceptados, hay que seguir trabajando: un día que me despisté me encontré a un amigo tomándose como aperitivo: en una mano patatas fritas, y en la otra un pedazo de turrón de almendra, del duro...

Para terminar, supongo que el lector se estará preguntando cuándo voy a empezar a hablar del Tsunami... Desde luego, no en esta carta. Entre otras cosas porque aún no termino de entender bien lo que está pasando. Lo que sí puedo decirle es que no tiene nada que ver con lo que me cuentan que se está viviendo ahí. A ver si en mi próxima carta consigo explicarlo. Hasta entonces, Namasté!